



SEÑORES:

PRONTO hará ocho años, se reunía un grupo de médicos que no contentos con amar la Ciencia aisladamente, y no satisfechos con los apetecibles lazos de la amistad, se propusieron formar una familia, estudiar y comunicarse mutuamente sus trabajos, hacer de varias inteligencias una sola, conspirando todos al noble y alto fin de procurar el progreso de la ciencia médica mexicana.

Para alcanzar tan levantado objeto, no bastaba el solo interés científico, pues una triste experiencia viene demostrando, de tiempos atrás, que con solo este móvil, las asociaciones médicas en nuestro país, mueren fatalmente. Era preciso que un afecto más grande que el amistoso, casi tan puro como el fraternal, viniese á unir con sus dulces, pero apretados lazos á esta pequeña Sociedad, en que el más grande por sus conocimientos, elevaba al más pequeño comunicándoselos, y este último, estimulado por el primero, crecía y crecía á fuerza de estudio, retribuyendo á su vez con una nueva enseñanza lo que de los otros había aprendido.

A esta pequeña nave, surcando ya el mar proceloso de la Ciencia, le faltaba un piloto; esta reducida falange de entusiastas combatientes carecía de caudillo; esta familia de hermanos por el corazón y por la ciencia, no tenía un padre: piloto, caudillo y padre, todo lo encontramos en el sabio varón que la muerte, en su incesante actividad, acaba de arrebatarnos.

Esta calamidad es para nosotros un duelo doméstico, y en tan aciagas circunstancias, los más dolientes, los más allegados necesitan guar-

dar silencio, en silencio derramar sus lágrimas, y á solas conversar con su amargura. La Sociedad Familiar de Medicina no debía dejar escuchar su voz en esta fúnebre ceremonia; su voz es de dolor y de gemidos: no hay palabra bastante elocuente para expresarla ni pluma suficiente á describirla.

Hemos podido acallar la voz de nuestra admiración; está ya de vencida la de nuestro vehemente cariño; pero del fondo de nuestro corazón se exhala un grito; ese grito que nuestra alma entenece al escucharle en un niño; que nos domina en la boca de un hombre y que es irresistible en los labios de un anciano: el grito del agradecimiento; él me hace hablar, Señores; por eso hablo aquí.

Le lloramos! y cómo no llorarle cuando la muerte nos le arrebató en los umbrales de una fresca ancianidad, cuando su robusta inteligencia nos prometía aún opimos y sazonados frutos con que diariamente nos hubiera regalado, viniendo á aumentar con su saber y su experiencia el por desgracia escaso tesoro de nuestra ciencia nacional! Le lloramos! y cómo no llorarle cuando aguardaban á aquella frente que todos recordamos y en donde el genio y el talento parecían hervir, magníficas coronas que la gloria le hubiera ceñido, recreándose en ellas nuestra patria orgullosa!

Cómo no llorarle! cuando en nuestro corazón sentimos un vacío que solo su presencia era capaz de llenar, cuando ya nunca escucharemos su voz cariñosa, cuando ya entre nuestros brazos no le estrecharemos más!

Llorémos, sí, llorémosle! No hay lenguaje que supere al del llanto. Yo sé que solo de este modo puedo interpretar fielmente los sentimientos de la Sociedad en cuyo nombre hablo.

Nuestra pesadumbre puede sintetizarse en esta frase: ¡le amábamos y le perdimos!

¡Dios se haya apiadado de esa alma á quien favoreció con tan ricos y excelentes dones!

J. M. BANDERA.